

vidad necesaria. Un día, sin embargo, ingresó al Partido Radical, prestigiado entonces por hombres eminentes, en cuyo número descollaban don Enrique Mac Ivér y don Armando Quezada Acharan, y poco más tarde, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1918, era elegido Diputado por Osorno con gran mayoría de votos.

Ya en la Cámara, cuyo período ordinario se inició el 1º de junio, se mostró orador notable, de voz escasa pero grave y bien timbrada, y puso al servicio de sus ideales la fuerza de una cultura que era realmente excepcional. Hablaba cuatro idiomas y en todos ellos leía, saboreando a Shakespeare en antiguo inglés y a Goethe en su lengua germánica; armado, pues, de conocimientos sólidos, emprendió diversas campañas de bien público, destacándose en materias internacionales, sobre las cuales, en relación con el conflicto del Pacífico, no solucionado aún, pronunció algunos discursos que hicieron época y fueron publicados en folleto por mandato de la corporación (*La cuestión del Pacífico*). Fué Presidente de su Comisión de Relaciones Exteriores, en cuyo carácter se le designó representante de la Cámara de Diputados en la misión especial que el Gobierno envió a Buenos Aires con motivo de la inauguración de la estatua erigida al Libertador O'Higgins. Tuvo en esa oportunidad la suerte de simpatizar profundamente con el Presidente de la República argentina, doctor Hipólito Irigoyen, quien le distinguió en forma marcada entre sus compañeros. El discurso que pronunciara en el palacio legislativo en nombre de la Cámara Chilena, fué pieza elocuentísima.

En noviembre de 1918, en días en que la muerte de su hijo Benjamín, primogénito de la familia, había sumido en hondo duelo a los suyos, le fué ofrecida la cartera de Justicia e Instrucción Pública en el Gabinete que estaba organizando Quezada Acharán. No sin reiterada negativa, hubo de aceptar finalmente el cargo, en vista de las circunstancias de especial gravedad en que se encontraba el país a la sazón, sumido en huelgas de carácter revolucionario. Llegado a la Moneda, se señaló como una de las cabezas del Gabinete Quezada Orrego Luco, sin duda el de mayor significación doctrinaria en el gobierno del Presidente Sanfuentes.

Su labor ministerial fué activísima. Contando con el apoyo de sus amigos del Congreso y las simpatías personales del primer mandatario, hombre probo y excelente administrador, pudo realizar labor de envergadura.

En el verano de 1919 efectuó una jira detenida por las provincias del Sur, imponiéndose en el terreno de las necesidades más urgentes, a las que puso inmediato remedio, pues entraban en su carácter actividad y resolución. Era penosísima la situación de las cárceles en algunos pueblos alejados y las escuelas funcionaban en barracones semi abiertos, donde toda incomodidad tenía su asiento. Obtuvo fondos para reformar cárceles y fundar escuelas e inició la construcción de edificios escolares en las regiones menos favorecidas del centralismo. Hacía justicia y creaba progreso.

A pedido de su colega parlamentario don Pedro Aguirre Cerda, nombró directora de colegio en Los Andes a la poetisa Gabriela Mistral, que andando el tiempo obtendría el Premio Nobel de Literatura. Al mismo tiempo aumentó el número de becas para los estudiantes pobres y dispuso serios estudios de reforma educacional que malograría la anarquía política reinante en los últimos años del régimen parlamentario.



Pero su obra principal fué la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, cuyo despacho agitó infatigablemente en las comisiones del Congreso y en las Cámaras, al punto de dejar su estudio bastante avanzado cuando se produjo la crisis del Gabinete, a mediados de 1919.

En Diputados prosiguió actuando tesoneramente hasta 1921.

En 1920, al iniciarse la campaña presidencial que después de dramáticas alternativas terminaría con la victoria de don Arturo Alessandri Palma, acompañó la candidatura de este eminente estadista, adhiriendo a los principios de renovación y justicia social que sus amigos levantaban.

Terminado su período en junio del año siguiente, no dejó de servir las aspiraciones de

las provincias y de modo particular los intereses regionales de Osorno, haciendo honor a la confianza que sus electores le habían dispensado.

Jamás dejó de interesarse en los problemas políticos, económicos y sociales del mundo, en los de América y especialmente en los de Chile, que seguía con vivo interés, preocupándolo cuanto pudiera relacionarse con la preservación de la paz. Puede decirse que su principal aspiración como hombre de Estado era el fomento de los vínculos de cordialidad y buen entendimiento entre los pueblos, las naciones y los hombres. Pensaba que para hacer patria había que respetar los derechos de todas las patrias humanas.

(Sigue en la entrega próxima).

## Sudamerica no aprendió nada

(En *El País* de Montevideo, Febrero 24 de 1949).

No es auspicioso el espectáculo de Latino América. Ni mucho menos.

Si políticamente estamos todavía delectando la cartilla del gobierno libre, fundado en la organización igualitaria de la democracia — sistema que posponemos debido a nuestras preferencias marcadamente favorables al caudillo, a la dictadura y al cesarismo militar — económicamente no es mejor nuestra posición.

Diez años hemos vivido la ilusión de la guerra. Creímos haber alcanzado la meta de una evolución industrial victoriosa cuando vendíamos nuestros productos, a cualquier precio, a los pueblos beligerantes. Estos — al cabo de tres años de paz — están recuperados. Las naciones de la Europa Occidental llegan, en conjunto, a una producción industrial superior en un 17% al nivel de la preguerra. Y continúan, semana por semana, mes tras mes, mejorando el porcentaje. Los Estados Unidos llevaron el aumento a un 50% sobre el mejor año de la anteguerra.

Son cifras registradas por la UN y comentadas anteayer en el seno del consejo económico de la misma por el delegado chileno, don Hernán Santa Cruz, quien, al referirse a Sudamérica manifestó que "la situación de la misma era decepcionante en relación a las expectativas que nos habíamos formado".

Las conclusiones del señor Santa Cruz pueden estimarse, en general, correctas. Nos hemos pasado un decenio dormitando en el limbo

de una prosperidad circunstancial. Al despertar a la realidad, las repúblicas iberoamericanas se encuentran que su riqueza consiste en montones de moneda papel depreciada.

El delegado trasandino de la referencia, destacó la necesidad de créditos extranjeros, calculando que el pequeño aumento industrial ha sido absorbido por el crecimiento de la población, no dejando márgenes para exportar. La América Latina — afirmó — "no ha avanzado un centímetro en el plazo de diez años".

Estas son — sintetizadas — las conclusiones pesimistas a que llega un chileno después de la "segunda" guerra universal. Al fin de la "primera", otro chileno, Joaquín Edwards Bello, en su libro *Nacionalismo Continental*, escribió lo siguiente:

"El Sur consiste en diez y ocho repúblicas, divididas por postes fronterizos, aduanas y murallas chinas de prejuicios. Con cien años de vida independiente, neutrales en la guerra, continúan mendigando empréstitos y esperando que la civilización vaya a buscarlas. Nada aportan, fuera de materias primas, a la industria; casi nada a la ciencia".

Aun conviniendo que en Chile no abundan los profesores de optimismo, los juicios de Santa Cruz y de Edwards Bello denotan que la primera gran guerra poco nos enseñó a aprovechar la segunda. ¿Necesitaremos una tercera?